

La actualidad de los clásicos

Leonardo Curzio

Hay mil razones, todas ellas igualmente válidas, para recomendar la lectura de los clásicos. La más obvia, tal vez, es que tienen un hechizo insondable que los hace legibles en cualquier momento y en cualquier lugar. Son obras que han captado la esencia profunda de las materias que tratan y por eso conservan una palpitante vitalidad. ¿Cuántos modernos lectores de Suetonio se muestran, por ejemplo, atónitos con la depravación de las elites romanas y piensan que, *mutatis mutandis*, el mundo de hoy no es tan diferente?

La vitalidad de los clásicos no garantiza, sin embargo, que sus lecciones, enseñanzas y clarividencias sean aprovechadas por las generaciones posteriores; por lo menos no en todos los ámbitos del quehacer humano. Me produce cierta envidia constatar que en el campo de las humanidades, por mencionar un caso, el culto de los clásicos se complementa con su asimilación y no simplemente con una distante veneración, como sucede generalmente en las ciencias políticas y del gobierno. Me explico. Sospecho que quienes estudian arte dramático han vivido íntima e intensamente a Sófocles, de la misma manera que se habrán apropiado de Molière o Racine, de Calderón o de Lope. Dudo que un dramaturgo moderno no tenga como referencia a uno o varios de estos colosos. Tampoco tengo duda de que un filólogo italiano tenga como parámetro la Comedia o se reconcilie con el género humano a través de Manzoni. En esos campos del saber, el conocimiento y la (re)creación parten de reconocer que si pueden ver más lejos, valga la sempiterna alegoría, es porque descansan sobre hombros de gigantes.

En las ciencias del gobierno las cosas son algo diferentes. Hay siempre un vértigo por

la novedad que en ciertos casos denota arribismo, especialmente por quienes conducen los asuntos públicos, y en otros una suerte de oscurantismo por parte de los estudiosos que intentan presentar siempre como novedad cosas que probablemente no lo sean. En ambos casos me parece que el desprendimiento de los clásicos es la consecuencia de estos males. Vivimos una especie de orfandad deseada.

Vale la pena señalar que los clásicos de la ciencia política no han sido olvidados; sus nombres son citados con profusión e incluso diría con veneración, pero raramente son consultados y sus enseñanzas tomadas como etapas demostradas a partir de las cuales se debe generar nuevo conocimiento.

Existe en la literatura política una larga tradición de obras consagradas a la educación de los príncipes que se suele citar con frecuencia, pero sin incorporar su sustancia, como si se tratara de documentos históricos o códices a los que es elegante aludir, pero no como referentes primarios para la reflexión contemporánea. El abanico es amplio y no es éste el espacio para hacer un balance de esa abundante literatura destinada a ser un elemento cardinal para quien ejerce el arte del gobierno. Maquiavelo y su “Príncipe” encabezan con justicia el elenco, pero una buena parte de los críticos del florentino intentaron redactar el espejo del príncipe cristiano, algunos con éxito relativo como Giovanni Botero, a quien debemos el concepto de la razón de estado. Otros manuales se empantanaban en cuestiones más cortesanas y mundanas, pero hay un texto que merece especial atención en el campo de las relaciones internacionales. Se trata del libro de François de Callières, recientemente editado por Atilio Locatelli y prologado por don Sabino Fernández Campo, y cuyo

título en castellano es *Negociando con príncipes*¹ Es uno de esos opúsculos dotados de esa versatilidad que los hace cada vez más reveladores con el paso del tiempo.

François de Callières (1645-1717) fue secretario de Luis XIV y entre sus hechos más destacados está la negociación del tratado de Ryswick (1697) que, como es sabido, es la base de la instauración de los Borbones como casa reinante en España. Legó a la posteridad un manual cuyo título original en lengua gala fue: *De la manière de négocier avec les souverains*. En el subtítulo arroja luz sobre las particularidades del texto: *De l'utilité des Négociations, du choix des Ambassadeurs et des Envoyés et des qualités nécessaires pour réussir dans ses emplois*.² El libro se publicó en Londres y su afán era claro e indudablemente didáctico. La voluntad del autor es contribuir a formar buenos negociadores y advertirlos, desde su propia experiencia, de los escollos y problemas que podrían enfrentar. En suma, un manual para la escuela diplomática francesa.

He leído y releído el texto y no me explico cómo en esta época nuestra, tan amante de inventar nuevas teorías, no atendemos con humildad a lo que hace siglos la experiencia política del maestro de embajadores legaba a la posteridad. Su realismo es palpitante y les enseña a los ingenuos de siempre la lección primera y la áspera realidad del poder. Siguiendo al Duque de Rohan, nuestro autor apunta que “los príncipes mandan a los pueblos y los intereses a los príncipes”. Redonda y expresiva frase que en la terminología moderna podría expre-

¹ Nos referiremos a la edición publicada en Madrid en 2001 por la editorial *La Esfera de los Libros*.

² De la utilidad de las negociaciones, de la elección de embajadores y enviados y de las cualidades necesarias para tener éxito en sus misiones.

sarse así: las potencias no tienen amigos, sino intereses. En otras palabras, el idealismo en la política internacional es poco más que una pantalla para tranquilizar a la opinión pública.

De Callières fue un hombre de poder. Hoy en día lo llamaríamos un espíritu práctico. Sus consejos, apuntes y precisiones no tienen pérdida y todo aquel que estudie y practique la diplomacia no debería prescindir de su lectura. Manual de diplomáticos por excelencia, no había sido traducido al español (por lo menos en una edición moderna) por aquello de que el francés era la lengua de la diplomacia. ¿Quién, que se preciara de ser conocedor de estos temas, no leía con soltura en francés?

De Callières entiende la naturaleza de la política y no se cuenta historias románticas. Se percata del realismo y de que los alcances del trabajo de un diplomático dependen de los límites intelectuales del príncipe al que sirve; no se puede ser un buen vasallo de un mal señor. Tampoco descuida en su análisis la esfera personal en la que orbitan las pasiones, el temperamento, los humores, las rencillas, la vanidad y muchas otras cosas. La política es una actividad humana dominada, aunque parezca increíble, por esas pequeñas infamias. Entenderlo es capital. La psicología política es tan importante como el análisis estructural de la correlación de fuerzas.

De Callières capta a la perfección las debilidades humanas y recomienda usarlas. Dignas de mención son sus recomendaciones sobre la buena mesa y los humores del

vino para descubrir las verdaderas intenciones. Es un convencido de que la seducción puede más que la imposición, porque la diplomacia, en el fondo, consiste en que todos los participantes en las negociaciones queden, en la medida de lo posible, satisfechos y se evite el uso de la fuerza. La obra de De Callières es una apología del trabajo diplomático, de la inteligencia atenta, prudente y cauta.

Un embajador tiene como primera misión conocer a fondo los entretelones de la vida política del país en el que se encuentra, aprender su lengua y conocer su historia para poder así influir en sus acontecimientos en favor de su país y hacer prosperar intereses comunes. ¿Cómo tendemos a olvidar algo tan importante!

Profesionalizar la labor diplomática es la base para entender que además del esplendor de las recepciones y el brillo de las condecoraciones, un embajador debe desarrollar, en el mejor y más puro de los sentidos de estado, un sistema de inteligencia. Llama la atención cómo hay repúblicas que en pleno siglo XXI no han logrado entender lo que De Callières preconizaba hace trescientos años.

Hay recomendaciones prácticas sobre la forma de adaptar la representación diplomática a la realidad política de un país que tal vez hemos, por una formalidad burocrática, olvidado. Sugiere, por ejemplo, tener en países con gobiernos divididos, representantes y negociadores con los distintos poderes (el parlamento y el ejecutivo por citar un caso) que trabajen de forma autó-

noma bajo la guía de un conjunto de precisas instrucciones del príncipe.

En definitiva, el razonamiento del genial embajador es implacable: si para construir un hermoso edificio un país busca siempre a sus mejores arquitectos, ¿por qué no buscar a nuestros mejores negociadores para representarnos en el exterior? Si para la defensa del país una nación invierte años en formar, paso a paso, a un militar, ¿por qué no trabajamos con el mismo carácter sistemático en formar a nuestros negociadores para no tener como representantes a “hombres de mediocre inteligencia —que jamás han salido de su país y faltos de curiosidad alguna por los asuntos públicos— convirtiéndose por obra y gracia de las circunstancias en negociadores en países sobre los cuales todo lo ignoran: intereses, leyes, costumbres, idioma, e incluso su ubicación en el mapa?”³

No es que no haya nada nuevo bajo el sol y que todo esté escrito en los clásicos, el mundo gira y el cambio es la constante, pero es un error no usar el patrimonio intelectual que nos viene legado por nuestros antepasados para pensar nuestra circunstancia en el mundo. El vértigo de la innovación y la tiranía de lo más reciente nos puede llevar de pronto a creer que estamos descubriendo el agua tibia. Ojo, porque puede suceder que más que ser ultramodernos, hagamos el papelón del Monsieur Jourdan de las ciencias políticas. [U]

³ François de Callières, *Negociando con príncipes*, editorial La Esfera de los Libros, Madrid, 2001, pp. 38-39.

